

**MODERNIDAD, CRISIS Y CONSTITUCION
DE LOS SUJETOS POLITICOS: DIVERSIDAD
DE TEMPORALIDADES Y FACTOR RELIGIOSO.
SANTO DOMINGO 1961-1990.**

Marcos J. Villamán*

A manera de introducción

En este trabajo reflexionamos acerca de la influencia del factor religioso en la constitución socio-política de los sujetos, específicamente en el mundo popular urbano. Abordamos concretamente la elaboración de la dimensión temporal, como uno de los elementos a través de los cuales se constituyen los sujetos, en dos expresiones religiosas vigentes en el mundo y movimiento populares: la corriente fundamentalista y, la liberacionista (esta última referida concretamente a las Comunidades Eclesiales de Base). A este respecto nos planteamos y reflexionamos acerca de cómo la elaboración de la temporalidad en el ámbito religioso se entrecruza y marca la elaboración de esta misma dimensión en otros ámbitos en los cuales se mueven los individuos (la temporalidad política y la cotidiana reivindicada por los movimientos sociales) aportando a la elaboración de un determinado perfil socio-político en los sujetos religiosos.

Realizamos esta reflexión en el contexto de la crisis dominicana planteada como crisis de modernización y de legitimidad del sistema

* Maestría en Sociología, Licenciado en Teología. Trabaja en el Departamento de Estudios de Sociedad y Religión y en el Centro Antonio Montesinos de México.

político. Planteamos que, a partir de la década de los 80 y fruto de ejercicio del poder del perredismo, aparece en el horizonte popular una desconfianza en la capacidad del sistema político de satisfacer sus demandas seculares situación que sirve de marco a la irrupción de los movimientos sociales populares en el escenario político dominicano. Estos movimientos, entre otras cosas, reivindicarían la participación de los sectores populares en la satisfacción de sus demandas y, en este sentido, podrían ser leídos como un intento de acortamiento del tiempo en la realización de sus reivindicaciones.

Es en relación a estos movimientos como nos cuestionamos por la relevancia del factor religioso en razón de que, como es conocido, éste está presente tanto en el mundo popular como en las nuevas formas organizativas.

Para el desarrollo de estas reflexiones hemos dividido el trabajo en tres partes: la primera la dedicamos a señalar algunos rasgos del proceso de modernización y la crisis de legitimidad del sistema político dominicano. En la segunda parte se presenta el surgimiento de los movimientos sociales populares, en el contexto de la crisis de los años 80 y, reflexionamos acerca de la cuestión de la dimensión temporal en estos movimientos como uno de los elementos que podrían ayudar a su comprensión. Por fin, en la tercera parte reflexionamos acerca de la relevancia del factor religioso al intento del mundo popular y específicamente de los movimientos sociales populares y, nos planteamos el aporte de este factor en la constitución socio-política de los sujetos, en concreto, desde la dimensión de la temporalidad. Al fin añadimos algunos elementos que intentan servir de conclusiones abiertas.

I. Modernidad-modernización en Santo Domingo: 1960-1990¹

La modernización económico-política se inicia en el país en la época de la dictadura de Trujillo a través de la creación de una significativa infraestructura económico-social y la consolidación del Estado: instalación de industrias de transformación -sobre todo en el período 1945-1955-, construcción de carreteras, ferrocarriles, etc., creación de la moneda nacional y del Banco Central de la República entre otras cosas. Si bien todo este proceso se realizó bajo la égida del tirano, el país no conoció hasta 1973 otro proceso tan amplio de modernización y, de manera particular, de ampliación de su base industrial.

Sin embargo, la repercusión del proceso señalado, en términos de la desarticulación de las anteriores formas organizativo-productivas no

fue tan amplia, en parte por el férreo control de la dictadura sobre toda la población. Esto, entre otras cosas, impidió la generación de los procesos migratorios campo-ciudad; facilitó el mantenimiento de bajos precios de los productos agrícolas y, por esta vía, limitó las reivindicaciones salariales urbanas que, al mismo tiempo, permitió mantener tendencias bajas de consumo y, en consecuencia, cooperó al mantenimiento de los rígidos límites a la importación de bienes de consumo. Esta limitación, a su vez, funcionaba como mecanismo de protección de cara al consumo de los productos elaborados por la industria nacional propiedad de Trujillo y su familia.

A la muerte del tirano se inicia en el país un período -1961-1965- de agitación e inestabilidad política en el cual el país conoció: cuatro gobiernos, sus primeras elecciones democráticas (1962), después de la dictadura, un golpe de Estado (1963), una guerra popular (1965) y la segunda intervención norteamericana (1965). En 1966, con la presencia de las fuerzas interventoras son celebradas, nueva vez, elecciones a través de las cuales asciende al poder el Dr. Joaquín Balaguer, quien, a través de diversos mecanismos que no es el caso señalar, se mantiene en el poder desde 1966 hasta 1978, lapso conocido en el país como el período de los doce años.

En este período el país conocerá una significativa profundización del proceso de modernización capitalista; penetración de las relaciones de producción capitalistas en el campo, proceso de industrialización urbano, amplios procesos urbanizadores, crecimiento de las capas o sectores medios urbanos, elevación del nivel de consumo, sobre todo urbano, penetración del capital internacional, apertura a las importaciones de bienes y servicios, desarrollo de las comunicaciones, etc... Este proceso realizado, nueva vez, bajo el signo de un gobierno fuertemente represivo y autoritario de corte benefactor.

A diferencia del período trujillista, esta vez no fue posible detener -tampoco fue deseado- las secuelas desarticuladoras del proceso modernizador. Se profundizó, de esta manera, el proceso migratorio campo-ciudad, con las consecuencias conocidas de desarraigo cultural de las poblaciones campesinas; el crecimiento de las ciudades vía la presencia de los llamados sectores marginales fruto de la migración indicada y la incapacidad del aparato productivo formal de absorber la mano de obra ociosa; la transformación en los patrones de consumo de la población urbana -consumo satisfecho, en mucho, a través de la importación de bienes terminados- etc.

1.1 Modernidad-modernización y sectores populares urbanos

Así, desde el mismo momento de ajusticiamiento del tirano y, de manera importante, a partir del período de los doce años, los sectores populares en general, y los urbanos en particular, participan de un proceso de doble cara que puede ser expresado en el binomio modernidad-modernización. Por una parte, son **incluidos simbólicamente** en la modernidad, es decir, en los modelos de consumo, valores y estilos de vida modernos vía los medios de comunicación social a través de los cuales, entre otras vías, se produce la llamada "contracción del espacio",² y del discurso político predominante que también se movía en esa perspectiva a través de la temática del desarrollo. Por otra parte, y al mismo tiempo, estos mismos sectores son **excluidos materialmente** de la modernidad a través de procesos de modernización que no los integran al mercado de trabajo por las limitaciones del aparato productivo y, en consecuencia, les hace imposible el acceso a aquellos modelos aspirados.

La historia política reciente del país y la participación de los sectores populares urbanos en ella puede ser entendida, en uno de sus sentidos, como un intento permanente, por parte de estos sectores, de superar la contradicción indicada y materializar su inclusión plena en la modernización y, desde ella, en la realización, probablemente parcial, de los modelos y valores de la modernidad probablemente refuncionalizados desde sus condiciones específicas histórico-culturales. Dicho de otra manera, en el horizonte de futuro de los sectores populares encontramos la presencia de reivindicaciones que apuntan hacia el arribo a niveles y formas de vida moldeadas, de una u otra manera, a partir de la lógica de la modernización. Esto así, en razón de la universalización del proyecto de la modernidad de la cual no escapa la región latinoamericana.³ De esta manera los proyectos y mediaciones políticas que han existido en el país se han reclamado, conservando diferencias ideológicas significativas, potenciales constructores de la modernización de la sociedad dominicana.

Desde el período de derrocamiento de la dictadura hasta el período de los doce años de Balaguer, la mediación política con mayor presencia en el mundo popular urbano -en el campo opositor- y, en consecuencia, el mayor mecanismo de constitución de estos sectores populares en sujetos políticos, de y desde un proyecto entendido como alternativo a lo existente, lo fue el Partido Revolucionario Dominicano -PRD-.⁴ La presencia, casi mítica, del PRD en el espectro de la vida nacional permitía

conservar y recrear la esperanza de un contingente importante de los sectores populares en la posibilidad de un cambio en las condiciones de vida de las grandes mayorías nacionales en la dirección de la integración de éstas al disfrute de los beneficios del proceso modernizador, probablemente desde la lógica de una concepción de estado benefactor: empleo estable -que implicaba ampliación del proceso industrial-, salud, educación, vivienda y seguridad social, etc..

Por su parte, la izquierda dominicana, en sus diferentes versiones ideológico-políticas constituida también un factor de constitución de sujetos políticos, fundamentalmente en el caso de la juventud urbana popular y sectores estudiantiles, a través de la reivindicación del socialismo como alternativa de desarrollo y posibilidad de un camino alternativo de modernización capaz de integrar a las mayorías nacionales.

Al lado de estas mediaciones y mecanismos de constitución de sujetos políticos se mantenían también las otras instituciones políticas organizativas rivales a las anteriores y, entre las cuales la más importante era y es el Partido Reformista, hoy Partido Reformista Social Cristiano liderado por Joaquín Balaguer. Esta mediación política con más penetración en los sectores campesinos.

Así pues, en todo caso, desde 1961 hasta 1978 existían en el país mediaciones políticas que provocaban adhesiones populares y construían voluntades colectivas -sujetos políticos- en función de proyectos históricos que eran percibidos como posibles por los sectores populares. En todos los casos, como señalamos anteriormente, estos proyectos apuntaban discursivamente a la realización de procesos modernizadores más o menos profundos.

1.2 Crisis de modernización, crisis de proyectos y de mediaciones

En 1978 a través de un accidentado proceso electoral accede el PRD al poder y lo ejerce por dos períodos consecutivos, después de haber pasado por su fundación y existencia en el exilio, haber sufrido un golpe de Estado, haber participado de manera preponderante en la guerra de abril, haber conocido una significativa división interna en la cual perdió una parte de sus líderes y haber permanecido alrededor de quince años en la oposición política.

La mayoría de los sectores sociales del país -y, en particular los sectores populares urbanos- fueron movilizadas para la realización de este triunfo electoral que aparecía, por todas las condiciones políticas

internas, como una hazaña casi imposible. La hazaña consistía, según la percepción popular, tanto en la expulsión de Balaguer del poder -y con ello la clausura de un período profundamente antipopular en todas sus expresiones- como en la instauración de un régimen que, finalmente, colmaría las aspiraciones populares seculares. La palabra CAMBIO resumía, en la campaña electoral de ese momento, todo este conjunto de sensaciones y expectativas.

El perredeísmo, sin embargo, no consiguió realizar los sueños populares, excepción hecha respecto de la apertura política y el cese de la represión generalizada. Así, casi todos los indicadores socio-económicos se deterioraron y la corrupción, sobre todo en el segundo período de gobierno, se elevó a niveles insospechados. De esta manera, la magnitud de la esperanza popular colocada en esta mediación política explica la magnitud de la frustración popular que se manifestó como desengaño, desaliento y desencanto con respecto a la posibilidad de realizar proyectos históricos que reivindicaran sus intereses, así como con respecto a las mediaciones políticas que portarían esos proyectos.

Es en este contexto cómo en la segunda mitad de la década de los 80, a la crisis socio-económica, se suma la del sistema político dominicano que entra en una profunda crisis de credibilidad. Este es percibido, por una gran parte de los sectores sociales, como incapaz de desarrollar planes y proyectos acordes a los intereses nacionales y de las mayorías nacionales en particular. Así, la crisis de modernización del aparato productivo formal y el crecimiento de la actividad económica informal es completada por la crisis del sistema político.

Se añade a lo anterior, completando el cuadro, la crisis y atomización de la izquierda dominicana que se profundiza en este período. Con el ascenso del perredeísmo al poder los sectores de la izquierda no estuvieron en condiciones de reformular su presencia en un espacio político nuevo -ya no necesitado de clandestinidad y sin un enemigo tan identificable popularmente como era el gobierno de los doce años de Balaguer- y que exigía respuestas creativas para poder construir, desde la nueva situación, discursos y prácticas que conectando con los intereses y expectativas populares, se correspondieran con un proyecto que trascendiera el horizonte representado por el perredeísmo. A esta crisis de la izquierda, por razones endógenas, se añaden obviamente, más adelante, los efectos de la crisis de los socialismos reales, misma que es ampliamente conocida por los diferentes sectores sociales como efecto de la ya indicada "contracción del espacio".

Así pues y fruto de lo anterior y de las características contemporáneas de la crisis⁵ que vive la región latinoamericana, a reserva de sus rasgos específicos por países, los sectores populares de Santo Domingo parecen encontrarse culturalmente desarraigados y atomizados por partida doble: a) como consecuencia de las características propias de los procesos modernizadores que ha vivido el país y que comparte rasgos con los procesos de este tipo en el resto de los países de la región y, b) por la crisis específica del sistema político en los términos antes señalados que hace difícil la construcción de entidades colectivas amplias⁶ por la vía de las mediaciones políticas tradicionales, tal como se producía en épocas anteriores recientes, según vimos a través de la constitución de sujetos políticos de proyectos creíbles.

2. Movimientos sociales populares y crisis social

En estas condiciones a partir de la década de los 80 hacen irrupción y/o cobran fuerza en Santo Domingo una diversidad de nuevos movimientos sociales a través de los cuales, y a falta de otros espacios creíbles, se van conformando nuevas identidades colectivas y nuevos sujetos. Dentro de estas nuevas expresiones organizativas ocupan un lugar particularmente importante las organizaciones populares urbanas compuestas, en general por los pobladores de los llamados barrios marginados y cuya presencia en la vida política y social del país es cada vez más sentida. Estas organizaciones se estructuran en torno a la reivindicación de las demandas de los sectores de pobladores y, en sus existencia manifiestan una gran desconfianza con respecto al sistema político y, en general, respecto de la institucionalidad vigente, producto de las circunstancias históricas recientes que hemos visto.

"Las organizaciones populares pretenden la reivindicación de las demandas de las mayorías -populares- desde fuera del Estado, desde la sociedad civil y desde fuera de la mediación partidaria". En este sentido las organizaciones populares "trastocan la concepción del funcionamiento de las mediaciones de representación".⁷ Estas organizaciones en sus procesos de lucha posibilitan la construcción de identidades restringidas en los sectores agrupados en ellas. Sin embargo, la misma desconfianza mantenida con respecto a la mediación partidaria -o cualquier forma de mediación que se defina en función de la globalidad social- y, la incompreensión de estas últimas acerca de la naturaleza y los límites de las organizaciones populares dificulta las relaciones entre ambas y, lo que es aún más importante, achica las posibilidades de articulación a pro-

yectos políticos más globales que, a su vez, permitan la constitución de sujetos políticos de estos proyectos.

2.1 Actores sociales, diversidad de temporalidades y crisis social

La temporalidad es una de las dimensiones que permite dar cuenta de la crisis de modernización de nuestros países y, en el caso dominicano, de la crisis de legitimidad del sistema político. Al mismo tiempo, a nuestro juicio, una inadecuada apreciación o incomprensión de esta dimensión por parte de los actores sociales y políticos es uno de los elementos que obstaculiza la posibilidad de articulación entre la parcialidad -expresada en las organizaciones populares- y la globalidad sostenida por las mediaciones político-partidarias. En este sentido, será útil indagar acerca de la presencia de esta dimensión y de cómo su inclusión analítica puede llevarnos a dar cuenta del fenómeno en cuestión de manera más completa.

Cuando hablamos de proyectos sociales resulta evidente que éstos, para tener existencia, deberán realizarse en un tiempo -y en un espacio- determinados. En consecuencia, todo proyecto político deberá suscitar y ordenar expectativas temporales, en cuanto a su realización, en los sectores sociales que son constituidos en sujetos de dicho proyecto. De no ser así el proyecto en cuestión se revelaría ineficaz.

Desde el punto de vista de las mediaciones políticas, una condición importante para poder cumplir con lo anterior es su capacidad de reconocer que no suscitan y ordenan expectativas temporales partiendo sólo de su propia lógica y temporalidad, sino, de la diversidad de lógicas y horizontes temporales inscritos en la diversidad social.⁸ En cierto sentido podría afirmarse que esta diversidad de temporalidades, fruto de la diversidad social, es la materia prima temporal⁹ que el discurso político -expresión del proyecto- deberá disponer y ordenar, pues, "hacer política implica estructurar el tiempo".¹⁰ En este sentido, hablar de la frustración de ciertos sectores sociales con respecto a determinado orden y proyecto quiere indicar, desde la perspectiva de la temporalidad, que las promesas y aspiraciones contenidas en aquellas no se han realizado en un tiempo específico percibido por estos sectores como tiempo adecuado.

La temporalidad de los diferentes sectores sociales puede ser ordenada o dispuesta de diferentes maneras. Ella no está dispuesta de una manera determinada y fijada de una vez y por todas. Sin embargo, esta disposición no es indeterminada, ella está condicionada por las

condiciones sociales de existencia de los sectores sociales. Así, una disposición a la espera -en ciertos sectores- fruto de un discurso político que reclama tiempo para la realización de un proyecto, no resiste una posposición indefinida de sus materializaciones pues, las necesidades y carencias convertidas en reivindicaciones continúan presentes y presionando. De tal suerte que su no satisfacción en un tiempo percibido como adecuado puede provocar cansancio, desencanto y frustración.

Así la espera puede dar paso a la contestación radical, pudiendo llegar a la transformación del orden si existe la condición adecuada, o a la desilusión con respecto al proyecto en cuestión, que puede conducir a la ausencia de horizontes societales, por lo menos para los sectores menos favorecidos, pudiendo devenir en situaciones de desencanto e impotencia -cercanas a la anomia- como indicábamos anteriormente.¹¹ Esta situación puede coexistir con formas de construcción de identidades colectivas restringidas que sean expresión de un intento de reclusión en un espacio más pequeño y, que asegure una mayor disponibilidad-control sobre el tiempo de realización de las demandas por parte de los sujetos de las mismas.

En el caso dominicano desde 1961 hasta 1978 la espera -vivida como resistencia y contestación social- marcó el horizonte temporal popular. La persistencia de este marco se explica justamente en razón de que, en la percepción popular, el carácter excluyente que exhibía el proyecto modernizador respecto de las mayorías nacionales se explicaba en razón de los intereses representados por los actores políticos que conducían el proceso. Por lo mismo, lo importante era entonces la disposición de las condiciones que permitirían derrotar a esa conducción y sustituirla por otra con vocación popular.

Sin embargo a partir de 1978, con el ascenso del PRD al poder, la espera se convirtió en frustración pues la apelación a la espera -mantenida por el ahora partido oficial- fue ya percibida por los sectores populares como incapacidad o, en el peor de los casos, como falta de voluntad política para la realización del proyecto. Como indicamos anteriormente la frustración se manifestó en tres dimensiones: a) con respecto a la misma modernización; b) con respecto a la mediación política que hasta ese momento se presentaba como representante del punto de vista popular y, c) con respecto al conjunto del sistema político que es percibido como no confiable.

En este sentido, podríamos afirmar que la no concretización en el tiempo del proyecto por el cual se había luchado y del cual se esperaban las satisfacciones de las demandas seculares de los sectores populares -y en particular los urbanos- produjo esta situación de desconfianza generalizada en la institucionalidad existente en el país. Esta actitud puede ser leída como la percepción de una dificultad para conciliar la temporalidad política con la social popular.

2.1.1 Movimientos sociales populares y temporalidad

En conexión con lo anterior, los movimientos sociales populares¹² pueden ser leídos, desde la perspectiva analítica temporal, como un esfuerzo de "acortamiento del tiempo" en la reivindicación de las demandas de los llamados sectores populares. Como un intento de control sobre la temporalidad política que permita aminorar lo que parece haberse manifestado como una "discordancia de temporalidades" entre el tiempo del sistema y los actores políticos -el Estado incluido- y el de los ahora actores sociales.

Planteado de esta manera estaríamos abordando la relación entre la temporalidad del proyecto y los actores políticos con la temporalidad de los actores sociales. La temporalidad política, si bien no puede perder de vista el corto plazo, no siempre coincide con la lógica del cortísimo plazo -vinculada a las exigencias de la vida cotidiana-¹³ en la que, en muchos casos, se mueven las organizaciones populares. Mismas que, como hemos visto, se explican en parte por la experiencia de los sectores que estas representan de una postergación permanente de la reivindicación de sus demandas.

Efectivamente, la irrupción de los llamados movimientos sociales está vinculado, también, con la necesidad de hacer presente en la vida y conducción política de las sociedades las preocupaciones, las necesidades y la lógica de la vida cotidiana. Esta lleva impresa, como todos los ámbitos de la vida humana, una dimensión de temporalidad. Un proyecto político se hace capaz de constituir a los individuos en sujetos -vía la interpelación discursiva- cuando también entronca con la solución de los problemas cotidianos vitales, es decir, cuando permite pensar otra forma de vivir la cotidianidad, que pasa a formar parte del imaginario de los sujetos.¹⁴

Si lo anterior es cierto, entonces, podría ser plausible la hipótesis de que la vigencia de los movimientos sociales se conecta, en parte, con la dificultad -que contiene también dificultades de orden estructural- por

parte de los actores políticos de entroncar con esta temporalidad cotidiana popular de manera que los sectores populares puedan entenderse y sentirse expresados por aquellos. Y, en consecuencia, con la disposición, con estos sectores, de participar activamente en la solución de sus demandas. Acicateada mucho más esta actitud por la situación actual del país en la cual no se vislumbran propuestas globales alternativas que incluyan los intereses populares.

En continuidad con esta perspectiva podría ser también útil clarificar cómo incide en la constitución política de los sujetos -de cara a los actores políticos clásicos- la construcción de la temporalidad que se produce en los movimientos sociales. Es decir, si la manera cómo en los movimientos sociales se construye la relación con la temporalidad dificulta o no la articulación con la política en el sentido más estricto, en la medida en que la temporalidad presente en estos movimientos sea referida de manera exclusiva y excluyente a la esfera de lo cotidiano.

De ser cierto lo anterior, tendríamos entonces una dificultad en un doble sentido con respecto a la elaboración de la perspectiva temporal: a) de una parte, la dificultad de las mediaciones políticas para atender y entroncar con la temporalidad, más cercana a lo cotidiano, expresada en los movimientos populares y, b) la dificultad que significa la reducción del horizonte temporal a la lógica de la cotidianidad, en los sujetos que se constituyen como tal en los movimientos sociales, que obstaculizaría un posible entronque con la temporalidad política. Estas dificultades señalarían tareas políticas concretas en función de la superación de posturas que impiden articulaciones necesarias entre estas mediaciones organizativas.

3. El factor religioso y la construcción de la temporalidad de los sujetos

Dentro de estas nuevas expresiones organizativas, y por lo tanto, en la constitución de aquellos sectores en sujetos, se hace presente, de manera significativa, el factor religioso. Dos expresiones o formas fundamentales, aunque no exclusivas, de esta presencia nos interesa rescatar para los fines de este trabajo: Por una parte, las Comunidades Eclesiales de Base (aún cuando el origen de éstas data de la década de los 70 para el caso de República Dominicana) que constituyen una forma de presencia de los cristianos en cuanto tales al interior del movimiento popular. Como parte de esta expresión, también la presencia de creyentes en

muchos casos provenientes también de las CEBs en las organizaciones populares no eclesiales.

Por otra parte, como es sabido, también están presentes en el mundo popular, aunque no necesariamente en los movimientos sociales populares, los llamados nuevos movimientos religiosos de carácter fundamentalista. En general, los miembros de estos movimientos no se encuentran participando de las anteriores formas organizativas. La relevancia de estos movimientos, desde el punto de vista del interés de este trabajo, estriba justamente en el perfil político que se observa en los sujetos que allí se constituyen y que tienen como una de sus características una tendencia marcada al ausentismo socio-político.¹⁵

Así pues, dentro del mundo y movimiento popular urbano la presencia del factor religioso es notable, tanto por la existencia de organizaciones religiosas -de corte liberacionista-, como por la presencia de creyentes al interior de las organizaciones populares no confesionales, como, finalmente, por la presencia, en el mundo popular, de movimientos religiosos de corte fundamentalista. Tanto en una como en otra forma organizativa los individuos, desde la interpelación religiosa, se van constituyendo -en articulación con otras interpelaciones- en sujetos de diversos ámbitos, pero marcados de manera importante por su determinada concepción religiosa. De esta manera, la concepción religiosa constituye una dimensión fundamental en la vida de los individuos que marca, condiciona todos los otros roles, al mismo tiempo que, obviamente es también influido por estos.

Y es que, la pertenencia del individuo a diversos espacios o ámbitos no es indiferente para su constitución -también diferenciada- en cuanto que sujeto de cada uno de ellos. Es decir, la diversidad de espacios en que el individuo se inserta, produce un "entrecruzamiento" de lógicas que se matizan y condicionan mutuamente. Estas marcas son más importantes sobre todo en el caso de lo que pudiéramos llamar "pertenencias fuertes", como es el caso de la pertenencia religiosa.

Una pertenencia fuerte sería aquella la que el individuo le acuña capacidad para -en función de ella- ordenar la diversidad de roles que él asume socialmente. Normalmente el factor religioso, vivido como militancia, mantiene siempre esta pretensión de conformarse como una pertenencia fuerte. Y, en consecuencia, como referente permanente para la conformación de la manera específica cómo el individuo debería vivir

sus otros roles, es decir, para la construcción de la subjetividad en sentido largo.¹⁶

Si la temporalidad es una dimensión de la vida, entonces, debemos asumir que en la constitución de los sujetos uno de los elementos que deberá elaborarse -y de hecho se elabora- en esta constitución es el horizonte temporal. Y, si como dijimos anteriormente, el ámbito religioso, como pertenencia fuerte, marca desde su lógica a los individuos en su proceso de constitución de sujetos de otros espacios, entonces la manera específica como se vive la temporalidad, en las diversas versiones religiosas indicadas, deberá incidir en la vivencia de los otros horizontes temporales de los individuos. En este caso, se trata de preguntarnos e intentar clarificar cómo se relacionan tres temporalidades que, en su diversidad, son vividas por un mismo individuo o grupo: la temporalidad cotidiana -reivindicada por los movimientos sociales-, la temporalidad política y la temporalidad religiosa.

3.1 Fundamentalismo judeo-cristiano y elaboración de la temporalidad

Cuando observamos los movimientos religiosos de corte fundamentalista, de tradición judeo cristiana, y la manera cómo los individuos que participan en estos movimientos se relacionan con la vida social y política se evidencia que, en general, existe en ellos una negativa a la participación en este tipo de prácticas, v. gr. organizaciones populares y/o partidos políticos. Esta negativa se explica, significativamente a nuestro juicio, en la manera particular como es considerado por ellos el tiempo presente. Este es percibido como un "tiempo precario", casi "agotado" e "inconsistente". La función de este tiempo es, por una parte, "indicar" -a través de los signos de la crisis- la inminencia de la irrupción del final de la historia y, con ello, la inauguración del "tiempo largo religioso-mesiano" marcado por la armonía. Por otra parte, en consonancia con la anterior, el presente será también tiempo de preparación para la participación en el futuro nuevo que se acerca. Sin embargo, el presente nunca es considerado como tiempo de reconstrucción de proyectos históricos que impliquen duración.

Así, la política, que se ordena justamente a la realización de proyectos históricos aparece, a los ojos del sujeto de estas confesiones o movimientos, como una actividad ineficaz, entre otras cosas, en razón de sus implicaciones temporales. Podríamos decir que, en este caso, la temporalidad religiosa se relaciona con la temporalidad social y política

subsumiéndolas a éstas al horizonte temporal de aquella. Esto produce como resultado un sujeto que se relaciona con el tiempo presente asumiéndolo como un tiempo corto -brevísimos- que está condenado a dar paso a la irrupción -inminente- del tiempo largo de la consumación del proyecto religioso. Consecuentemente, un sujeto que tiende a recluirse en la esfera de lo específicamente religioso puesto que en su concepción lo importante, lo sensato, será la realización de prácticas que coloquen las condiciones para la recepción adecuada de este proyecto, realizando así una utilización "adecuada" del tiempo.

En este sentido, se podría plantear que una de las razones del éxito actual del fundamentalismo (en la diversidad de sus versiones) en el mundo popular es que la manera como aquel elabora su concepción del tiempo presente, con las características indicadas anteriormente, da sentido a la sensación de frustración popular con respecto a la posibilidad de viabilizar proyectos sociales en un tiempo histórico específico.

Con lo anterior no estamos afirmando que no pueda existir otra elaboración del tiempo en los grupos de este tipo, ni que inevitablemente ésta sea la única articulación posible entre las temporalidades que hemos señalado. Lo que afirmamos es que esta articulación existe de manera predominantemente en estos movimientos y confesiones y que ella produce, tendencialmente, la constitución política de los sujetos según las características indicadas. Por lo mismo, que cualquier actividad transformadora de la lógica de estos movimientos deberá contemplar y trabajar esta dimensión temporal.

3.2 Liberacionismo judeo-cristiano y elaboración de la temporalidad

En el caso de las personas que participan en movimientos religiosos de corte "liberacionista", la concepción del tiempo presente parece ser diferente. Este es considerado fundamentalmente como "tiempo de construcción de la salvación" y se corresponde con una visión de la historia como lugar de la acción de Dios que la dota de consistencia. Esta concepción avala la participación política y social como práctica de transformación del presente y realización de la salvación a través de la concretización de proyectos históricos específicos. Se produce así la participación del sujeto en lo que él percibe como un proyecto de doble cara: el proyecto socio-político con su lógica y temporalidad, que se articula con el proyecto religioso con sus propias características.

Así, en este tipo de movimientos se produce la conformación de una determinada manera de entender y vivir el tiempo -específicamente religiosa- que se articula con la temporalidad propia de la política. En esta articulación se produce, evidentemente, un entrecruzamiento y mutuo condicionamiento de los diversos horizontes temporales, como planteamos anteriormente. Es decir, la lógica religiosa continúa marcando, como pertenencia fuerte, a las otras lógicas en las cuales se mueven los sujetos. Se produce así, y esto deberá ser investigado a mayor profundidad, una manera específica de vivir la política y, en general la dimensión social de la vida, por parte de los militantes religiosos.

Desde el punto de vista de la temporalidad, en esta concepción religiosa el tiempo presente, aunque consistente, hace referencia también a un tiempo mayor, específicamente religioso, trascendente, en el cual se realizaría, de manera plena, el proyecto religioso. Por lo mismo no se pierde aquí la referencia a este tiempo largo religioso, sino que, éste se articula con los otros horizontes temporales. En este sentido, a nuestro juicio, en tiempos de crisis, con los rasgos señalados anteriormente, la manera específica como se elabora el horizonte temporal en los movimientos liberacionistas constituye un factor importante en la persistencia (o actitud de resistencia) de los militantes religiosos en la medida en que el horizonte de largo plazo haría más llevadera las crisis del tiempo presente al relativizarlas incluyéndolas en un horizonte temporal mayor.¹⁷

De ser cierto lo anterior, la relevancia práctica de esta dimensión sería evidente tanto para la participación de los cristianos en los movimientos sociales populares como para su posible participación en mediaciones políticas con horizontes más globales.

A modo de conclusión

1. En la época de la dictadura de Trujillo la República Dominicana inicia un proceso de modernización que conocerá en el período de los doce años del Dr. Balaguer uno de sus momentos de mayor ampliación. Sin embargo, desde el punto de vista de los sectores populares y, en particular, de los sectores populares urbanos, éste ha sido un proceso modernizador -además de limitado e inconcluso- excluyente materialmente aunque incluyente de estos sectores en el horizonte de la modernidad como aspiración y modelo de vida.

Con el ascenso al poder del PRD amplios sectores populares entendieron que se abría la oportunidad para su inclusión total en la

modernidad-modernización. Sin embargo, el perredeísmo no satisfizo las aspiraciones populares abriéndose así el espacio para una crisis de legitimidad del sistema político fruto de la desconfianza generalizada en su capacidad para expresar los intereses y demandas de las grandes mayorías.

2. En este contexto hacen irrupción los movimientos sociales populares que reivindican una participación directa en la satisfacción de sus demandas intentando así evitar que la solución de éstas se continúe postergando indefinidamente en el tiempo. Se evidencia así que, tanto en la crisis como en los movimientos sociales como respuesta a la misma, está presente una dimensión de temporalidad que deberá ser explicada en el proceso de dar cuenta de ambos fenómenos.

En este sentido, los movimientos sociales podrían ser explicados también como un intento de respuesta-solución al desencuentro entre la temporalidad política (limitada obviamente por las dificultades estructurales) y la expectativa temporal de los sectores populares (que hace referencia, en este contexto, a la temporalidad cotidiana) respecto a la satisfacción de sus reivindicaciones seculares en un contexto de crisis de modernización y, para el caso dominicano, de legitimidad del sistema político. Así, los movimientos sociales populares, a pesar de que sus proyectos cuando son pensados como transformación social se ubican objetivamente en una temporalidad de largo plazo, reivindican también y sobre todo en este contexto de desencanto y desengaño, una temporalidad cotidiana que se mueve en el corto plazo. Esto último podría ser una de las dificultades presentes en la articulación entre movimientos sociales populares y mediaciones políticas partidarias cuya temporalidad es de mayor plazo que la cotidiana.

3. El factor religioso, como es conocido, tiene una presencia relevante en el mundo popular y, por lo mismo en la constitución de los sujetos. En este trabajo abordamos dos versiones de esta presencia: las Comunidades Eclesiales de Base (como expresión de la corriente que hemos llamado "liberacionista") y los movimientos de corte fundamentalista y nos preguntamos por su aporte en la constitución de los sujetos desde el punto de vista de la elaboración de la temporalidad, asumimos la religiosa como una "pertenencia fuerte" y, por lo mismo, como marcante, desde su propia lógica, del resto de las temporalidades pertenecientes a los diversos ámbitos en los cuales participan los sujetos.

Así, planteamos que en los movimientos de corte fundamentalista los individuos elaboran la temporalidad de tal forma que, tendencialmente, les dificulta su participación en ámbitos y prácticas socio-políticas en cuanto estas se ordenan a la construcción de proyectos que implican duración. Esto así, en razón de que el presente es considerado como tiempo precario e inconsistente. En este sentido, la manera como el fundamentalismo elabora la temporalidad coopera en la constitución de un sujeto que tiende, predominantemente, al ausentismo político.

En el caso de los movimientos liberacionistas -particularmente en las CEBs- la temporalidad se elabora de tal suerte que el sujeto se ve lanzado al compromiso transformador del presente en la medida en que éste es concebido como "tiempo de salvación". En este sentido se observa, en estos movimientos, una articulación entre temporalidad -larga- religiosa y temporalidad política y cotidiana.

Por otra parte, en la medida en que se articulan estas temporalidades podría haber un aporte importante, desde la temporalidad religiosa de largo plazo, a la permanencia de los sujetos religiosos dentro de los movimientos sociales populares y las mediaciones políticas en cuanto, en un contexto de crisis de proyectos y de credibilidad, al incluir la crisis del presente en el horizonte temporal religioso ella puede ser relativizada y reinterpretada desde este horizonte creando un espacio propicio para la persistencia.

NOTAS

1. Utilizaremos "modernidad" para dar cuenta de los aspectos específicamente culturales que ha devenido dominantes en la civilización occidental. Entendiendo por cultural el ámbito de las significaciones. Reservaremos "modernización" para indicar los procesos concretos de realización-desarrollo de la racionalidad instrumental o funcional en los diversos ámbitos de la vida social.
2. Moreau Defarges, Ph., *La politique internationale*. Hachette, Paris 1990, pp. 41-48.
3. Cf. Villamán, M. "Modernidad. Modernización y crisis", (mimeo), Centro Antonio Montesinos, México, 1991.
4. Cfr. Catrain, P. Transición democrática, social-democracia y clases populares en la República Dominicana, en *Ciencia y Sociedad*, Vol. XII, No. 2 (abril-junio 1987), p. 270.
5. Entre estas características nos importa poner de relieve para los fines de nuestra argumentación las tendencias a la informalización de la economía, como ya ha sido indicado, y sus consecuencias en la generación de tendencias fuertemente individualistas en las prácticas de los sectores populares y, por esta vía, la profundización de lo que algunos llaman tendencias armónicas.

6. "Hablamos de identidades amplias en el caso de grupos que tienen una imagen de sí, que tienen una idea clara de enemigo y un proyecto global de sociedad". París Pombo, M.D., *Crisis e identidades colectivas en América Latina*. Plaza y Valdés editores, México 1990, p. 86.
7. Villamán, M., *Organizaciones populares y construcción de la democracia*, en *Estudios Sociales*, No. 69 (julio-septiembre 1987), p. 26.
8. "Vale decir, la diversidad social, implica diferentes temporalidades. No existe un tiempo único; hay tiempos sociales. Obrero o empresario... todos ellos tienen nociones diferentes de tiempo y, por ende, tienden a disponer de su tiempo de manera diferente. A la vez hay una realidad simultánea para todos ellos. Una dificultad de la política es vincular ambas dimensiones, urgencias subjetivas y plazos objetivos, para crear un orden contemporáneo". Lechner, N., *Los patios interiores de la democracia, subjetividad y política*, Ed. FCE, Santiago-Chile, 1990, p. 64.
9. Cf. Braudel, F., *La historia y las ciencias sociales*, Alianza editorial, México 1989, pp. 62-63.
10. Lechner, ob. cit., 63.
11. La anomia haría referencia, en este caso, a una ruptura de la dinámica presente-futuro en el sujeto que la hace percibir el tiempo como un "presente continuo" (Lechner) en el cual no habría posibilidad de novedad alguna y, por lo mismo, no tendrían ningún sentido las acciones en el presente más allá de la búsqueda de soluciones individuales a los problemas cotidianos.
12. Cf. Camacho, D. *Introducción*, en: Camacho, D. *Los movimientos populares en América Latina*, Ed. Siglo XXI/UNU. México 1989, pp. 13-33.
13. Cf. Braudel, F., ob. cit. p. 65.
14. "El sujeto más que una organización unificada, se expresa en una cierta identidad colectiva... La conformación de esta identidad implica una transformación de las identidades individuales y su resignificación en una identidad mayor... No se trata, aquí, de relaciones que se vayan "negando" para superarse en una identidad mayor: estas relaciones se moldean, se reformulan e incluso se omiten, pero permanecen como parte de esos micro dinamismos en los que se constituye la subjetividad...
Así, lo individual, lo familiar, lo comunitario, lo regional, etcétera, son ámbitos de cohesión no excluyentes que dan cuenta de la múltiple dimensionalidad del proceso de constitución de lo colectivo". Zelman, H. y Valencia, B. *Los sujetos sociales: una propuesta de análisis*, en: *Acta Sociológica*, Vol. III, No. 2 (mayo-agosto 1990) UNAM, México, pp. 96 y 97; Cf. también Lechner, ob. cit., p. 73.
15. Cf. Villamán, M. *Condiciones de surgimiento y expansión de las sectas fundamentalistas: el caso de los grupos pentecostales en dos barrios de Santo Domingo*, Universidad Iberoamericana, México 1991 (tesis para optar por el grado de maestría en sociología).
16. Cf. Berger, P. *Para una teoría sociológica de la religión*, Ed. Kairós (2a. edición), Barcelona 1981, pp. 13-30.

17. Conviene señalar que en ocasiones el producto de la lógica religiosa puede ser un cierto fundamentalismo político que dificulta la reformulación de la práctica al apertrecharse en un cierto radicalismo ético no mediado políticamente.

BIBLIOGRAFIA

- Berger, Peter. **Para una teoría sociológica de la religión**. Ed. Kairós (2da. edición) Barcelona 1981.
- Braudel, Fernand. **La historia y las ciencias sociales**. Alianza Editorial, México, 1989.
- Camacho, Daniel. *Introducción*, en: Camacho, Daniel y Menjívar, Rafael. **Los movimientos populares en América Latina**, Ed. siglo XXI/UNU, México, 1989.
- Catrain, Pedro. *Transición democrática, socialdemocracia y clases populares en la República Dominicana*, en: **Ciencia y Sociedad**, Vol. III, No. 2 (abril-junio 1987).
- Moreau Defarges, Philippe. **La politique international**. Hachette, París, 1990.
- París Pombo, María Dolores. **Crisis e identidades colectivas en América Latina**. Plaza y Valdés editores, México, 1990.
- Villamán, Marcos. *Organizaciones populares y construcción de la democracia*, en: **Estudios Sociales**. No. 69 (julio-septiembre, 1987).
- . Modernidad, modernización y crisis. (mimeo) Centro Antonio Montesinos, México, 1991.
- . **Condiciones de surgimiento y expansión de las sectas fundamentalistas: el caso de los grupos pentecostales en dos barrios de Santo Domingo**, Universidad Iberoamericana. México, 1991.
- Zemelman, Hugo y Valencia, Guadalupe. *Los sujetos sociales: una propuesta de análisis*, en: **Acta sociológica**, Vol. III. No. 2 (mayo-agosto 1990) UNAM, México.